

¿Qué ofrece la fe cristiana a las nuevas generaciones?

Lluís Oviedo Torró, OFM *

La transmisión de la fe a los jóvenes constituye en la actualidad un grave problema. Los jóvenes no necesitan de la fe ni tampoco de la religión y de la Iglesia para vivir y ser felices. Sin embargo, la fe cristiana, pensamos los creyentes, sigue teniendo validez y actualidad. Amén de los muchos beneficios que a nivel humano sigue aportando la fe, su transmisión facilitaría a nuestros jóvenes una fuerte experiencia religiosa de un Dios que ama, una esperanza firme en la resurrección y vida eterna y, finalmente, una visión no monista del ser humano.

Se ha vuelto difícil anunciar la fe a los jóvenes, e incluso a los adultos de media edad. Parte del problema es que la Iglesia no tiene mucho que ofrecer en relación con los intereses de las personas que van accediendo ahora a la madurez. Hablando con franqueza, lo que vienen a decir los jóvenes es que la oferta que presenta la Iglesia no les aporta nada y, por tanto, no están interesados en ella. Dejemos aparte, de momento, si esa postura implica un desinterés religioso o una pérdida del sentido de trascendencia en general.

Probablemente los agentes pastorales están poco preparados para

* Franciscano. Profesor de Teología en el Antonianum de Roma.

responder a un planteamiento tan franco y a una postura tan crudamente práctica. Preferimos pensar que la fe sigue «aportando» contenidos y experiencias de interés que justifican nuestra predicación y nuestra voluntad de compartir lo que consideramos bueno para todos, sin plantearnos demasiado los cambios que afectan a nuestro mensaje.

Es necesario repasar la historia reciente para darnos cuenta de cómo han cambiado las cosas en los últimos tiempos y centrarnos en las tareas necesarias para presentar una oferta de la fe que pueda ser tomada en consideración por nuestros contemporáneos. Hasta hace unas cuatro décadas, la catequesis infantil que recibimos los de mi generación tenía un planteamiento central para responder a la cuestión ¿qué aporta la fe y la Iglesia? La respuesta era: evitar ir al infierno y asegurarse el cielo. Aunque parezca reductivo, una buena parte de la presentación del mensaje cristiano se hacía en referencia al panorama de premio/castigo que incumbía a toda persona en sentido último y definitivo. El horizonte trascendente asumía la prioridad, y el tiempo presente estaba en función de un tiempo futuro de contornos bastante definidos, y con el que se podía negociar claramente a partir de nuestros com-

portamientos actuales y de los recursos eclesiales –sobre todo sacramentales– a nuestro alcance.

¡Cuánto han cambiado las cosas desde entonces! Para empezar, es el mismo discurso eclesial el que ha ido prescindiendo cada vez más de las referencias escatológicas, que constituyen actualmente una especie de «Cenicienta» en la predicación y en la reflexión cristiana habitual. No estamos seguros si dicha devaluación del acento en el más allá se ha debido a un cambio en el ambiente; quiero decir un cambio cultural que se orientaba mucho más hacia el presente y su disfrute; o bien si el cambio fue impulsado desde dentro de la teología y de la Iglesia, que se volvieron más presentistas, más atentas a las dimensiones de actualidad y a la capacidad transformadora de la fe. Lo cierto es que al mejorar las condiciones de vida, y al tomar conciencia de que la vocación cristiana puede contribuir a una existencia de mayor calidad, el discurso eclesial fue cambiando y se puso el énfasis en otros temas, en otras prioridades.

Cada uno puede contar su propia experiencia. Durante mi juventud, en medio de los años setenta, si me hubiera planteado para qué servía la fe cristiana, creo que habría contestado que para crear un mundo más justo y fraterno, para acercar

el ideal del Reino de Dios en la Tierra, para aliviar los sufrimientos de los más débiles y necesitados, y de ese modo «dar sentido a mi vida». De todas formas, también por aquellos años, en contacto con nuevas propuestas catequéticas de movimientos eclesiales que des-puntaban, otro énfasis se hacía camino: la fe sirve para superar nuestra angustia, asumir nuestras limitaciones y pecados, y construir comunidades de creyentes más intensas y significativas.

La utilidad de la fe a nivel social ha sido cuestionada también hace ya algunos años. Los cristianos dejan de ser «útiles» y necesarios a los ojos de Rodney Clapp, quien en un libro aparecido en 1996 consideraba el tono superfluo de las iglesias en sociedades que podían fundarse y autogestionarse sin necesidad de recurrir a instancias religiosas¹. La sensación que surgía era que «ya no nos necesitan», ya no sirve a las sociedades avanzadas el «patrocinio eclesial», lo que nos obligaba a buscar un nuevo papel a las iglesias y una identidad a prueba de la desafección reinante.

Otra fuente de revisión crítica procedía del ensayo más reciente de

Charles Taylor, *A Secular Age*. En él se denunciaba la incapacidad del catolicismo para acompañar a las generaciones del último siglo en su búsqueda de expresividad y de realización emocional o afectiva². Algo habría fallado, lo que ponía al cristianismo en clara desventaja respecto de otras ofertas del «humanismo laico», más atento a la sensibilidad y exigencias personales que nacen con el romanticismo. Esta deriva estaba en el fondo de lo que se vislumbra hoy en esos signos de desinterés ante las propuestas creyentes: cuando la prioridad la asume la propia realización afectiva, la fe se percibe como algo ajeno y aburrido.

De todos modos, parece que nos siguen faltando argumentos y estudios en torno a la utilidad de la fe. En las actualidad se plantean, fundamentalmente, tres líneas bastante relacionadas entre sí: el argumento a favor del «capital espiritual»; la religión como factor de «floreamiento humano»; y el llamado *religious coping*, o la ayuda religiosa para afrontar momentos difíciles. Por otro lado, cobra cierta actualidad el intento de destacar los aspectos «adaptativos» de la religión. Las investigaciones que aplican criterios biológicos, cognitivos

¹ RODNEY CLAPP, *A Peculiar People: The Church as Culture in a Post-Christian Society*, Downers Grove, IL: Intervarsity, 1996.

² CHARLES TAYLOR, *A Secular Age*, Cambridge, MA: Harvard University Press 2007.

y neurológicos descubren a menudo la utilidad de la fe religiosa para cohesionar sociedades, sanar situaciones hirientes, y sobre todo, para mantener un equilibrio de los niveles de natalidad, lo que parece ser la dimensión que más sufre en los ambientes secularizados³.

Los citados análisis sobre la «utilidad de la fe» son seguramente demasiado básicos o fundamentales, aunque aportan sin duda alguna razones de peso a favor de la actitud religiosa. Sin embargo, considero que se quedan cortos cuando se busca una presentación de la fe más ambiciosa y en grado de atraer el interés de los jóvenes. Por otro lado, a menudo esos argumentos tienen una connotación negativa: sirven para evitar males mayores, o para afrontar las grandes crisis que puedan surgir a lo largo de la existencia, lo que asocia la fe al «efecto vacuna», es decir la conveniencia de prevenir desgracias o de poder afrontarlas mejor; o al dispositivo de «amortiguamiento» ante los baches que pueden encontrarse durante la vida o en nuestro ámbito de relaciones más cercano.

Conviene explorar otros escenarios y argumentos que puedan ex-

tender o mejorar los que se asocian a la «utilidad de la fe», e incluso motivar a partir de argumentos de mayor calado y con un mensaje más positivo y capaz de ilusionar a todos. En general, convendría revisar el contenido de lo que la Iglesia anuncia cuando habla de «salvación», renovar o actualizar el tratado de soteriología para que pueda seguir siendo significativo. Todo apunta a la necesidad de plantear la soteriología cristiana más allá de la tradicional «salvación del alma», o bien de dar un contenido más preciso y actualizado a dicha expresión. Además, hay que tener en cuenta que ese término también tiene connotaciones negativas: somos salvados de amenazas o de males que sufrimos. Todo apunta a que muchos de nuestros contemporáneos no ven demasiado claro qué males requieren una salvación o sanación de carácter típicamente religioso. Lo cierto es que si no está claro de qué nos salva Cristo, ni cuáles son los beneficios que podemos percibir de dicha oferta salvífica, entonces no cabe esperar interés ni seguimiento evangélicos, a causa del desnivel entre lo que los jóvenes buscan y lo que la Iglesia ofrece.

Muchos datos apuntan a que la relevancia de la idea de salvación depende de los contextos en los que se experimentan mayores pruebas o peligros, donde crece la

³ ERIC KAUFMANN, *Should the Religious Inherit the Earth? Demography and Politics in the Twenty-First Century*, London: Profile, 2010.

¿Qué ofrece la fe cristiana a las nuevas generaciones?

incertidumbre y las amenazas, mientras que pierde sentido en ambientes de mayor bienestar, seguridad y armonía social. Probablemente esta percepción explica en buena parte las tendencias a la secularización en Occidente.

A continuación se plantean algunas líneas alternativas, que seguramente no constituyen ninguna novedad en el ambiente de las propuestas catequéticas ya existentes. De lo que se trata es de enfatizar contenidos o mensajes que tengan en cuenta nuestro muy secularizado contexto, el desinterés o indiferencia juvenil ante lo religioso, sin olvidarnos de la dificultad de centrar el mensaje salvífico cristiano. Vamos, de lo que se trata es de «vender» nuestra propuesta, de suscitar la demanda allí donde ésta, por falta de motivaciones, haya dejado de existir y de desarrollar un «marketing» más convincente y eficaz. Un «marketing» que pueda llegar al corazón de las nuevas generaciones, ayudándoles a descubrir el valor inestimable de la experiencia cristiana en sus más diversas manifestaciones.

1. Ventajas de creer y de aceptar el reto del seguimiento evangélico: primer nivel

Distingo sólo desde un punto de vista metodológico, y para simpli-

ficar las cosas, dos niveles fundamentales en los que se pueden apreciar las ventajas o aportaciones de la fe: un primer nivel, que denominaremos «humano» o inmanente y un segundo que será específicamente religioso o trascendente. Por supuesto que en la realidad no puede separarse uno del otro: si se dan ventajas a nivel humano es sólo porque funciona el nivel de la fe trascendente, la percepción de un Dios que nos ama, pero eso no quita que podamos distinguir.

A nivel más humano son varios los factores de interés:

- a) capacidad de la fe para estructurar la mente; o bien para centrar los propios valores y preferencias;
- b) facilitar un equilibrio entre libertad y seguridad;
- c) motivación moral y un orden en la vocación al amor;
- d) capacidad de afrontar el «lado oscuro» que nos amenaza;
- e) percepción de un orden de cosas alternativo y más abierto;
- f) posibilidad de extraer lo mejor de sí mismos.

- a) *Capacidad de la fe para estructurar la mente*

El proceso de maduración debería conducir a una estructuración de

la mente de cada persona de forma que pueda tomar las decisiones más adecuadas, organizar su propia existencia y asumir compromisos a partir de lo que considera sus prioridades. Por supuesto que dicho orden se alcanza de diversas formas, y se configura según los intereses más inmediatos y a largo plazo de cada ser humano.

En principio, cabe esperar que los intereses biológicos asuman una posición más central: asegurar la supervivencia y mejorar las condiciones reproductivas. Al menos eso es lo que postula la psicología evolucionista, y parece bastante lógico, aunque seguramente las cosas se vuelven más complejas y entran otros muchos factores en juego, algunos de ellos claramente desmienten esas «prioridades naturales». De hecho algunos comportamientos adolescentes y juveniles –en la mente de todos– claramente van en contra de la lógica señalada: actividades de alto riesgo que ponen en peligro la propia supervivencia; adiciones y abusos de sustancias tóxicas que claramente contradicen a los imperativos biológicos; y conductas irresponsables en el campo de las relaciones y de la sexualidad, que aparentemente desmienten el axioma de la «ventaja reproductiva». No podemos confiar demasiado en una especie de «instinto natural»

que orientaría a los jóvenes hacia actitudes cada vez más responsables y maduras, y que podría haber sido reivindicado en otros tiempos. Muchos datos apuntan a que ciertos factores culturales, la disponibilidad de medios no imaginados antes, y la pérdida de influencia familiar enturbian lo que podría ser el «peso del instinto» o cierta confianza en procesos más bien espontáneos y que van «ajustando las cosas».

Por otro lado, los estudios sobre el funcionamiento de la mente humana señalan la dificultad derivada de una representación demasiado compartimentada de la misma, donde distintos «dominios» se distribuyen las diversas tareas cognitivas. Especialistas como Jerry Fodor han señalado la necesidad de contar con una especie de «procesador central» en grado de organizar las diversas funciones o de distribuir las tareas⁴. Este no es un problema sólo técnico en torno a las funciones mentales, es también una cuestión antropológica y formativa: la necesidad de contar con una instancia capaz de organizar o plantear un orden dentro del sinfín de estímulos y apetencias que pueden concurrir en la vida de la persona.

⁴ JERRY FODOR, *The Mind Doesn't Work That Way*, Cambridge, MA: MIT Press, 2000.

¿Qué ofrece la fe cristiana a las nuevas generaciones?

A menudo se recurre a esquemas de organización espontáneos, y que se dejan guiar por una norma general de «prueba, error y corrección», lo que genera ingentes gastos de tiempo y recursos, pues las equivocaciones suponen costes a veces inmensos, tanto a nivel social como individual. Es mucho mejor contar con «guías» o «instrumentos de navegación» en grado de orientarnos en ambientes inciertos y llenos de riesgos. Aunque se puede disponer de numerosos «mapas» de ese tipo, y que reflejan distintas ideologías y orientaciones morales, la experiencia acumulada por muchas generaciones invita a considerar la fe cristiana como una de las guías de mayor validez, o «más seguras» para transitar en los parajes de la vida. No se trata de una guía forzosa, sino más bien abierta y que consiente un amplio margen de exploración personal.

b) *Facilitar un equilibrio entre libertad y seguridad*

Hace años una persona me contó que se había distanciado hacía tiempo de la Iglesia y de la fe. No obstante, al ser padre de una hija adolescente estaba replanteándose el valor o significado del cristianismo. Su argumento era muy sencillo: había llegado a la conclusión de que dentro del marco que proporciona la fe cristiana se lo-

graba un equilibrio entre la libertad que todo adolescente anhela y la seguridad o certidumbre que inspira la revelación, esperanza y orientaciones prácticas de esa fe.

Ciertamente este es un argumento que refleja más las inquietudes de los padres que la sensibilidad de los adolescentes, pero no está mal tomarlo en cuenta, pues invita a una reflexión seria. La idea es que en el proceso de maduración todos necesitamos sentirnos libres, y que sería erróneo coartar o asfixiar dicho anhelo en el afán de proteger a los jóvenes. La tentación protectora está presente en muchos padres, y lo sabemos bien quienes tenemos experiencia en el ámbito educativo. Una forma de protección recorta los espacios de decisión o de exploración del sujeto; otra –tan negativa aunque menos obvia– es la que des-responsabiliza a los jóvenes al cubrirles siempre las espaldas, al disimular sus errores o enmascarar sus culpas. No está claro que actitudes más represivas o la aplicación de un sistema de castigos logre remediar esas dificultades, pues el ejercicio inmaduro de la libertad siempre entraña demasiados riesgos.

La formación dentro de la fe cristiana provee un marco en el que la libre exploración de la propia identidad personal, del propio mundo y de los otros puede compensarse

con un horizonte de certezas y de advertencias. Al interiorizar dicho esquema, un joven puede vivir su propio mundo como un proyecto a construir, pero también sentirse acompañado y respaldado por un sistema de creencias, expectativas y valores que amortiguan los posibles baches, confieren cierta seguridad, e impiden las peores consecuencias de un ejercicio demasiado arriesgado de la libertad.

De todos modos hay que advertir que para que este argumento funcione, la fe cristiana debe dejar de presentarse y de ser percibida como un sistema más bien de regulaciones represoras, que impide una sana exploración del propio ambiente y de las propias posibilidades. La fe que se anuncia a adolescentes y jóvenes debe asumir un tono más bien de compañía, advertencia ante los peligros y promesa de sanación ante los errores, no como una instancia negativa que traza limitaciones e impide el propio desarrollo. La fe se convierte entonces en un estímulo para el aprendizaje, para la propia maduración, no en una instancia vigilante y extraña.

c) *Motivación moral y un orden en la vocación al amor*

Los argumentos que estoy repasando están íntimamente engra-

nados, son matices de una misma narración: la fe como la mejor aliada en el crecimiento juvenil. Esa alianza se plantea también al nivel de la motivación o del refuerzo en el campo moral. Ya Kant reconocía que una cosa es tener clara la ley moral en nuestra conciencia y otra distinta es sentirnos motivados para cumplirla, es decir, aceptar que cumplir las normas morales sea lo mejor para cada uno de nosotros. La tentación constante es que desviando de dichas normas racionalmente vislumbradas, podamos vivir una vida más satisfecha o con mayores ventajas.

El tema moral en la formación de los jóvenes es ciertamente difícil, desde cualquier perspectiva. Los imperativos de una «ley natural» –cercana a las demandas biológicas– o de una moral racional deducida a partir de una «gramática moral universal»⁵ van madurando seguramente a lo largo de la adolescencia (Piaget); a esa edad la mayoría de los jóvenes muestran una gran sensibilidad moral, a menudo más que en los adultos, en quienes perciben una elevada tasa de hipocresía. No obstante, no estoy seguro de cuál sea la situación actual en el ambiente juvenil. Algunas voces señalan que

⁵ MARC D. HAUSER, *Moral Minds: How Nature Designed Our Universal Sense of Right and Wrong*, New York: Ecco, 2006.

más bien se ha difundido un ambiente de cinismo entre la población más joven, que termina por ahogar aquella sensibilidad tan exigente a favor de la justicia. De todos modos cuando somos conscientes de la dificultad de ser coherentes con los propios principios, sólo una fe que provee un horizonte de gracia estaría en condiciones de darnos una mano ante las deficiencias que observamos a la hora de poner en práctica nuestras convicciones.

La idea es que el cristianismo no sólo facilita un código en el que se inscribe una cierta orientación sobre lo bueno y lo malo. Una tal prestación pertenece al orden al que nos referíamos en el primer apartado: el de organizar la mente. En este orden de cosas se incluye también la exigencia de «ordenar el amor», algo que puede parecer extraño, pero que debería ser objeto de atención. De hecho las propuestas culturales que invitan a seguir los «dictados del corazón» por encima de todo, ignoran las dificultades –y en ocasiones los grandes errores y sufrimientos– que derivan de una actitud demasiado «espontánea» en ese campo. El amor en sus distintas formas también necesita un cierto orden, como nos recuerdan los clásicos desde San Agustín. Lo que ocurre es que cuando las emociones entran en juego, la misma percep-

ción racional de lo que es bueno y lo que es malo sufre bajo fuertes sesgos. La forma mejor de hacer las cuentas con este reto es contar con una fe que genera no sólo códigos más o menos claros de normas, sino motivaciones de cierta fuerza en grado de neutralizar las tendencias más destructivas en el ámbito de nuestras emociones y afectos.

d) *Capacidad de afrontar el «lado oscuro» que nos amenaza*

La percepción del «lado oscuro» –que no es más que una expresión popular de lo que siempre se ha llamado «el mal»– es algo cada vez más familiar entre los adolescentes y jóvenes. Es consecuencia de su creciente sensibilidad moral, y considero que se trata de una facultad que antes o después desarrollan todos. Ese tema ha estado presente de forma muy incisiva en bastantes ofertas de la cultura mediática, sobre todo del cine, y probablemente su éxito deriva de la facilidad con que puede asimilarse nuestra mente: existe un universo luminoso, presidido por el bien, o por las intenciones rectas; y existe otra dimensión «oscura», negativa, que se pone en claro contraste con el primero.

Sabemos que la cuestión del mal es mucho más sutil, y que sería dema-

siado ventajoso poder guiarnos por una distinción tan clara, cuando las cuestiones morales se vuelven complejas e incluso paradójicas. De todos modos sería una pena no aprovechar este filón, no recurrir a esta simplificación de la cultura popular que identifica no sólo una dimensión moral, sino antropológica e incluso ontológica de la negatividad: la «parte oscura» no se refiere sólo a actuaciones inmorales, sino a situaciones, ambientes, personas que representan el mal o la negatividad. En términos clásicos evoca la idea de lo «demoníaco», con lo que la cultura popular actual parece estar más familiarizada que la sensibilidad intelectual moderna de las últimas décadas.

No hay que ignorar que dicho «lado oscuro» ejerce también cierta fascinación entre los más jóvenes. Sus expresiones fílmicas y en otras formas de entretenimiento lo vuelven más presente y familiar. Despierta a menudo la curiosidad y provoca en algunos casos más atracción que revulsión. Es hora de desempolvar la vieja narración que contraponen las fuerzas del bien a las del mal, en una tensión intemporal en la que se expresa quizás un arquetipo de la mente humana. A menudo en la historia, en los mitos que formulan dicha tensión, el lado oscuro aparece como demasiado poderoso, demasiado astuto y seductor como para

poder resistirse a su lógica y dominio. La fe cristiana se ha planteado desde el inicio de su predicación precisamente como una fuerza de resistencia contra dicho impulso destructivo y las consecuencias dolorosas para todos que resultan de cualquier acercamiento a dicha dimensión oscura.

El anuncio cristiano no tiene por qué despertar viejos demonios o atemorizar a nadie; se trata de algo más bien disponible y que puede detectarse en encuestas o entrevistas a los adolescentes. Lo que ese anuncio asume es su responsabilidad a la hora de advertir a los jóvenes sobre los peligros inherentes a esas formas de negatividad, y de rescatarles de la atracción que puedan sentir, o bien de la impotencia con la que contemplan la extensión de dicha realidad malfélica.

e) *Percepción de un orden de cosas alternativo y más abierto*

El horizonte de los adolescentes aparece a menudo bastante cerrado y estrecho. Sus intereses y preocupaciones suelen reflejar un mundo muy pequeño, del que, además, a causa del mimetismo o del carácter gregario propio de su edad, es muy difícil salir.

Siempre se ha dicho que los adolescentes –sobre todo– se mueven

¿Qué ofrece la fe cristiana a las nuevas generaciones?

dentro de modelos que encuentran sus puntos de referencia en las figuras del mundo del espectáculo, de los deportes y en sus héroes reales o producidos por los medios de comunicación y entretenimiento. De este modo se configura un mundo de valores y de orientaciones más bien pobre y a menudo bastante banal, cuando no claramente disfuncional.

La fe cristiana, a través de la Iglesia, pretende ofrecer alternativas, una vía de escape frente al dominio de valores triviales y de ideales baratos. Esto es más necesario desde el momento en que las comunidades cristianas dejan de representar la «mayoría moral» de la sociedad, o el cristianismo deja de configurar el «imaginario colectivo» de la mayor parte de la población. Conviene reconocer que el cristianismo consciente, o la Iglesia real, ha pasado decididamente a una situación de minoría, lo que limita bastante su alcance o influencia ideológica. Muchas voces proponen en estos últimos años que las iglesias, y el cristianismo en general, asuman un formato más parecido a lo que se denomina una «cultura minoritaria» e incluso «de la resistencia»⁶. No siendo la instancia que

configura la conciencia moral o los ideales y valores de una sociedad, la Iglesia se propone como un grupo más bien minoritario que representa ideales específicos, un modelo de vida a menudo en contraste con la cultura dominante.

La última propuesta puede parecer a los ojos de muchos derrotista: queremos ganar a los jóvenes y más bien nos identificamos como una minoría, aunque significativa. Lo cierto es que –desde un punto de vista estadístico– no podemos pretender ganar a la mayoría de los jóvenes, es decir, de quienes están por encima de los quince años. Ya sería mucho que el mensaje cristiano y la propuesta de vida que lleva aparejado, atraiga a un 20% de la juventud entre quince y veinticinco años. Lo de ahora es mucho peor. Conviene más reconocer nuestra situación minoritaria y obtener una cierta ventaja de la misma que pretender ser la posición dominante de forma más bien ficticia.

En todo caso sigue en pie la propuesta: la adhesión al proyecto de vida cristiano puede abrir a los jóvenes horizontes y expectativas de vida mucho más interesantes y prometedoras que las consabidas ofertas disponibles en el universo juvenil contemporáneo, fuertemente mercantilizado y consumista.

⁶ GRAHAM WARD, *Cultural Transformations and Religious Practice*, Cambridge, New York: Cambridge University Press, 2005.

f) *Posibilidad de extraer lo mejor de sí mismos*

Este punto ha sido sugerido por uno de mis estudiantes, que siendo párroco tiene que plantearse constantemente la estrategia para acercarse y animar a los jóvenes a iniciarse en la fe. Su idea es interesante: la fe cristiana ofrece a las nuevas generaciones la posibilidad de dar lo mejor de sí mismos, de hacer emerger dimensiones que de otra forma quedarían ocultas o por explotar, realidades en grado de nutrir esperanza y alegría, voluntad de don o una generosidad amplia.

Lo que refleja esta propuesta es una cierta limitación en los adolescentes, que se constata claramente en su período formativo, al tiempo que se reconoce la existencia de potencialidades en cada persona que pueden desarrollarse o por el contrario quedar frustradas, sin aprovechar. Todo depende entonces del programa de formación y de los estímulos que reciben a esa edad. Dado que buena parte de la educación consiste en la adquisición de hábitos convenientes y de mantener a raya tendencias destructivas o paralizantes, entonces cabe presentar la fe como el marco en el que se potencia lo mejor de cada cual. Dicha capacidad asegura a su vez una mayor esperanza o confianza en el futuro.

A la idea señalada hay que asociar la del coraje o valor que la fe facilita a la hora de afrontar decisiones difíciles, de ofrecer nuestro servicio, de asumir inevitables sacrificios o de cargar con las propias penas y las de los demás. Una vez se hablaba de la fe como refuerzo para una personalidad más segura y audaz, la que correspondía al ideal del «joven de carácter»⁷; probablemente habría que actualizar dicha imagen, volverla inclusiva (es decir para ambos sexos) y darle un tono claramente positivo y menos represivo.

2. Ventajas de creer y de aceptar el reto del seguimiento evangélico: segundo nivel

He planteado una distinción útil a nivel metodológico entre los argumentos a favor de la fe en el nivel antropológico o inmanente, y en el nivel más religioso o trascendente. Considero que en este segundo nivel la fe deba presentarse también como una ventaja clara. Cabe plantear, en un repaso apretado, al menos los siguientes temas básicos:

- a) facilitar la experiencia religiosa de un Dios que nos ama;

⁷ Mons. TIHAMER TÓTH, *El joven de carácter*, Madrid, 1932.

¿Qué ofrece la fe cristiana a las nuevas generaciones?

- b) proveer la esperanza en la resurrección y la vida eterna;
- c) ofrecer una visión de excelencia del ser humano, formado por alma y cuerpo.

Por supuesto hay muchos más aspectos de la fe cristiana que deben ser señalados como ventajas o aportaciones útiles, como la experiencia del perdón, de la conversión, de la reconciliación, de la santidad o de las bienaventuranzas, de la devoción, de la celebración litúrgica... La catequesis o formación cristiana debería ir configurando el horizonte de una forma de existencia nueva presidida por la gracia de Dios.

- a) *Facilitar la experiencia religiosa de un Dios que nos ama*

No es muy seguro en qué medida las personas de nuestro tiempo necesitan cultivar un sentido de auto-trascendencia, o cuánto sean «naturalmente» o «instintivamente» religiosas, es decir, si sienten la necesidad de intuir o vislumbrar un sentido del más allá, de lo sobrenatural y de sus dones. No está claro que todos «necesiten religión» de la misma forma ni en la misma medida. Asistimos a un debate que nutre desde hace pocos años la nueva investigación bio-cognitiva de la religión. Desde

mi punto de vista, el teorema que vincula la respuesta de la fe revelada a las exigencias de búsqueda de sentido por parte de los humanos ha perdido mucha capacidad explicativa, sobre todo a partir de la extensión de la secularización en las sociedades más avanzadas. En varios casos se dan sociedades mayoritariamente increyentes, lo que desmiente el axioma de la «exigencia universal de sentido» que llevaría a la fe religiosa.

El hecho de que contemos con menos «demanda religiosa» en nuestro ambiente no vuelve su «oferta» menos relevante o necesaria; lo que seguramente nos obliga es a mejorar las condiciones de la misma para «estimular» una demanda que ha ido flojeando.

Es cierto que muchos de nuestros contemporáneos viven una vida digna y honesta sin recurrir a la ayuda o a la inspiración religiosa. Desde ese punto de vista no da la impresión de que se pierden gran cosa. No obstante, sería como decir que muchas personas no tienen capacidad para escuchar o apreciar la música de calidad, y eso no impide que vivan vidas dignas. El ejemplo comparando ambas realidades tiene un valor limitado, pues la experiencia religiosa va mucho más allá –para nosotros los creyentes– de la experiencia estética. Por la propia fe muchos han

dado su vida –y la siguen dando– lo que es difícil decirlo de quienes cultivan un arte o viven para el arte. De todos modos, lo que se afirma en dicha comparación es que la vivencia de una fe trascendente enriquece a la persona y le provee dimensiones de vida y esperanza que sólo se asocian a quien descubre un Dios que nos quiere.

Hay otra razón importante para acoger la fe cristiana como una opción religiosa. Aparte de que en muchos casos la necesidad de implorar la ayuda de Dios se vuelve imperante, en momentos de gran prueba o desesperación, lo cierto es que el sentido religioso sigue siendo una «facultad humana», que puede o no dejar de desarrollarse, como otras aptitudes que se ejercen con su práctica. Lo que a veces ocurre es que la carencia de un marco adecuado en el que la fe religiosa pueda expresarse, conduce a fenómenos de religiosidad «extraña», desviada, y en ocasiones a las formas patológicas que asumen ideas y comportamientos religiosos mal asimilados. La «neura religiosa» sigue estando al acecho, como también ideas y planteamientos de trascendencia francamente fuera de carril.

El cristianismo ha peleado desde antiguo por introducir un cierto componente de «racionalidad» en el sentimiento religioso. Se trata de

una idea en la que insiste mucho el Papa Benedicto XVI. La intención era precisamente prevenir las peores consecuencias en las que desemboca el sentido religioso cuando escapa de cierto acompañamiento o de un marco con unos mínimos controles racionales.

El Dios que proclama la fe cristiana es un Dios personal, que ama y es amado, que podemos representarnos y sentirlo como alguien cercano, en la historia, por la presencia de su Hijo, Cristo, y por la acción continuada del Espíritu. La fe ofrece a un Dios trascendente y al mismo tiempo cercano; que invita al respeto, pero también al amor; que nos guía con seguridad porque es poderoso, y nos invita a la comunión porque es Padre.

b) *Proveer la esperanza
en la resurrección y la vida
eterna*

Una de las principales aportaciones de la fe cristiana a todas las generaciones a lo largo de toda la historia ha sido la idea de «resurrección» y de «vida eterna». Supone una convicción radical que transforma el valor y el sentido de muchas cosas, de nuestra orientación vital y del modo de posicionarnos ante la realidad. Cambian radicalmente las cosas cuando se las vive bajo la perspectiva de la

¿Qué ofrece la fe cristiana a las nuevas generaciones?

resurrección y cuando, por el contrario, la vida queda limitada a nuestra existencia actual. Todo se relativiza, excepto la experiencia del amor, cuando se vive la esperanza de una vida eterna. Muchos valores materiales dejan de tener el peso y la atracción que ejercen; una buena parte del sufrimiento vivido puede ser iluminado; y las experiencias más fuertes y generosas del amor y de la entrega por los demás cobran un significado definitivo, se proyectan en el más allá.

Si bien la presentación de la fe ha podido exagerar en el pasado al poner todo o casi todo el énfasis en la vida después de la muerte, ahora se cae en el extremo contrario cuando se silencia esa realidad y se priva a las nuevas generaciones de esa expectativa que abre horizontes nuevos y plantea una alternativa radical a un universo demasiado cerrado en sí mismo.

c) *Ofrecer una visión de excelencia del ser humano, formado por alma y cuerpo*

La visión más científica de la realidad nos ha ido acostumbrando a una idea monista y materialista de la persona humana, cuya realidad se reduce a sus componentes físicos y donde la mente resulta sólo una parte del cuerpo. El cristianis-

mo reivindica desde siempre una dimensión anímica o espiritual en cada ser humano que se conecta directamente con la obra creadora de Dios; se trata de la instancia más íntima a la realidad de Dios, a cuya imagen hemos sido creados.

La convicción de que también somos alma aumenta la calidad de nuestro ser personal y la de todos los demás hombres y mujeres, les reviste de un carácter trascendente y merecedores de un gran respeto. Esa idea forja una actitud más digna y más completa del ser personal, en contraste con las numerosas tendencias que la devalúan y la deprecian. Merece más vivir una existencia conscientemente presidida por un principio espiritual que nos remite constantemente al ser de Dios.

La fe en Dios trascendente, la esperanza en la resurrección y la realidad del alma constituyen tres puntos centrales de una fe conscientemente religiosa, es decir, que apunta más allá de las condiciones y límites de nuestro mundo, y se sobrepone a las dinámicas secularizadoras que acaban achatando cualquier referencia sobrenatural. Concibo dicha propuesta como un enriquecimiento para cualquier persona, no una alienación o una forma de conciencia equivocada. La visión religiosa ofrece una mayor calidad e inten-

sidad a la existencia, abriendo infinitas posibilidades y una transformación efectiva que mejora nuestras condiciones de vida.

Como ya se ha aludido, todos los argumentos aquí desarrollados no son si no aspectos o dimensiones desde los que pueden entenderse la prestación de la fe cristiana ante la situación de las nuevas generaciones. Buena parte de este planteamiento es coyuntural, es decir, obedece a las condiciones del ambiente en el que se mueven hoy los jóvenes en buena parte de las sociedades avanzadas, con todas sus ventajas de un alto nivel educati-

vo, de una existencia más cómoda o segura (ya no se dan los casos del «Niño yuntero» que señalaba Miguel Hernández), pero también de incertezas o inseguridad tanto a nivel familiar como de su propio futuro profesional o afectivo. Esta presentación debería ser distinta en contextos como zonas pobres de África o Latinoamérica, o bien en zonas de mayor conciencia religiosa, menos secularizadas, y probablemente deba cambiar en las próximas décadas, cuando las condiciones sociales y culturales en Europa occidental se transformen en un sentido o en otro, esperamos que para bien. ■